

CARLOS CARDONA IN MEMORIAM 1930-1993

TOMÁS MELENDO

“*Un amor che nella mente mi ragiona*”. Las conocidas palabras del Dante, que Cardona citara tantas veces, podrían servir como pórtico a la consideración de algunas de las riquezas –humanas y filosóficas– que adornaban a este entrañable pensador. Humanas y filosóficas, porque –lo sabemos cuantos tuvimos la suerte de tratarlo personalmente– en él no existía ni aún la menor escisión entre metafísica y vida: entre su temple de alma enamorada conducida por la luz de la fe, el despliegue existencial de su búsqueda del Amor, y las reflexiones intelectuales que, tomando siempre pie en las concretas vicisitudes de la vida cotidiana, a la par que las esclarecían, las dotaban de hondura y fundamento teórico.

Conocí a Carlos Cardona a finales del año 70. Hasta entonces, ni había oído hablar de él, ni leído su nombre en letra impresa. Mucho más tarde, de manera directa o a través de amigos comunes, fui sabiendo que había nacido en Tiana (Barcelona), en 1930; que, a la vez que el bachillerato, cursó los estudios de Perito Mercantil y de Maestro industrial; que ganó las oposiciones al Cuerpo Técnico de Telecomunicación; que inició la carrera de Filosofía y Letras, en la Universidad de Barcelona, mientras trabajaba en una gestoría; que en esa Facultad se licenció con la tesina *La metafísica del bien común*, años después publicada por Rialp; que ya entonces era apasionado lector y autor de poemas, que dejarían honda huella en su vida y en sus escritos filosóficos; que bastante más adelante obtuvo el doctorado, en la Universidad de Navarra, con la tesis *Metafísica de la opción intelectual*, hoy en su segunda edición; que en el año 1954 se había trasladado a Roma, donde logró una nueva licenciatura en Filosofía, en la Universidad de Santo Tomás *in Urbe*; que algo después se doctoró, ahora en la Universidad de Letrán, con la tesis *Estudios balmesianos de espacio-temporalidad...*

También pude saber que, tras concluir los estudios eclesiásticos de filosofía y teología, recibió la ordenación sacerdotal en 1957, y que desde entonces se dedicó, de manera muy prioritaria, a tareas pastorales y de dirección de almas. Y me ha sido dado comprobar que estos quehaceres, como podría ya intuirse por lo que antes afirmaba, no sólo no lo alejaron de su labor de filósofo –lo que ésta perdió en extensión,

lo ganó en intensidad—, sino que fueron añadiendo a su reflexión la imprescindible densidad, el peso específico que *únicamente* otorga una rica y fecunda *experiencia de vida*.

* * *

Un amor... De nuestra primera conversación —en octubre de 1970— recuerdo un detalle sobre el que la posterior consideración de su perfil humano muchas veces me ha obligado a reflexionar. Autocalificándose como «soso», nos animaba a los que éramos más jóvenes y teníamos «más gracia» —así lo suponía— a utilizar nuestras habilidades para hacer verdaderamente agradable la vida a los demás. No soy quién para desmentir la apreciación sobre su propio temperamento. Pero tampoco puedo corroborarla. Don Carlos poseía, junto con una inteligencia privilegiada, un finísimo y muy matizado sentido del humor y una chispeante hondura de vida, que hacían de él un conversador insuperable; aunque no era, ciertamente, ni exuberante ni bullanguero. En cualquier caso, sí debo dejar constancia, porque lo considero la clave de su riquísima personalidad y de toda su obra literaria, de su superlativa *capacidad de querer*; una arraigadísima grandeza de ánimo que demostraba con creces —y a eso pretendía aludir con las reflexiones «obligadas» desde octubre del 70— que el amor y la amistad poco o nada tienen que ver con las peculiaridades «psicológicas» o temperamentales. Porque esa persona que se declaraba «insulsa», por muy pocas —¡poquísimas!— la he visto superada en lo que a entrega a los otros y cariño se refiere. Y lo que todavía resulta más significativo: su casi insuperable voluntad de amar se encontraba presente, de manera consubstancial, en el despliegue de su entera existencia: también, y casi diría que de forma privilegiada, en *todas* las dimensiones de su quehacer como pensador.

Sólo un ejemplo: en los inicios de la década de los 70, logró catalizar a su alrededor —y transformar en verdaderos *amigos* mutuos— a un no despreciable número de notables filósofos que, italianos o no, residían por aquel entonces en la capital del Orbe. Por insinuación suya, y en la «pariolina» casa de Augusto Del Noce, se reunían una tarde al mes —para discutir amablemente sobre temas filosóficos— autores ya en aquellos tiempos consagrados, como Cornelio Fabro, Clemens Vantenkiste, el propio Del Noce, Giuseppe Perini o Leo Elders, y otros entonces más jóvenes, como Rocco Butiglione, Anna Giannatiempo, Andrea Dalledonne, Luis Clavel o Juan José Sanguineti. El clima allí instaurado, según recordaba años después uno de los asistentes, era de auténtica “amistad, de mutuo aprecio, de cordial entendimiento, de ayuda afectuosa”. Y Carlos Cardona —oí comentar personalmente a Cornelio Fabro— constituía el alma de las tertulias, el elemento agluti-

nante. En esos círculos amigables germinó y maduró una de sus obras más representativas: su *Metafísica del bien y del mal*.

Maestro de amistad, como sugería. Y también de amistad epistolar, mantenida e incrementada por encima de las distancias. Lo testimonia de nuevo Augusto Del Noce, aludiendo a aquellas reuniones de Roma y a otras más personales, en una carta de diciembre de 1981: "*Il ricordo del Suo incontro e la Sua amicizia sono tra le cose più care del periodo romano della mia vita*". Y seis años más tarde, en otra misiva: "*Sempre La ricordiamo, io e mia moglie, in amicizia e simpatia piú vive, sperando di rivederLa. RingraziarLa adeguatamente della Sua preghiera per noi supera le mie capacità espressive. Come dirLe la commozione che ho provato nel leggere quanto mi ha scritto*".

No asombra por eso que, muy poco después de su retorno a Barcelona, en el año 1977, hubiera ya reanudado el trato asiduo con los amigos que dejara, veintitantos años antes, en las tierras catalanas, y con los que nunca perdió el contacto. Quien quiera hacerse cargo de la finura y la riqueza de esas relaciones, no tiene más que leer el espléndido prólogo que Carlos Pujol redactara para *Tiempo interior*: un conjunto de poemas, que, ante la insistencia del autor del prólogo, de su esposa Marta y de otros amigos, Carlos Cardona accedió a publicar ya hacia el final de su vida.

En esas páginas habla Carlos Pujol, con medida ironía, de los encuentros de finales de los 70, que rivalizaban con los de cinco lustros antes: "La ciudad se había hecho más incómoda y más ruidosa, pero con ganas de hablar eso se olvida. Tomábamos café en lugares más o menos apacibles, rincones en los que el estruendo sólo asordaba sin conseguir enloquecer, y una vez más resolvíamos todos los problemas del universo sobre un velador o peripatéticamente, por las calles. Quizá no estábamos igual que entonces, pero qué más da, éramos los mismos.

"Han pasado bastantes años desde aquel reencuentro –continúa Carlos Pujol–. Hemos tomado mucho café, gastado mucha saliva y zapatos, y resuelto –teóricamente, que según dicen es lo que importa– muchas de las dificultades que atosigan a la humanidad. Eso ya lo dijo Kierkegaard en su *Diario*, me suelta con frecuencia, yo saco a relucir a Proust por no achicarme, y así continúa, madurando muy bien, una larga amistad".

De la mía personal con él, intensificada durante la década de los 80, después de un prolongado lustro sin casi noticias mutuas, puedo decir que rebosaba, por su parte, en mil pruebas del más normal, y al tiempo delicado, de los afectos. Ahora repaso una abundante y densa correspondencia, y advierto con cierto asombro que las más de las veces la

conversación versaba sobre mí. Don Carlos desaparecía discretamente, y eran mis preocupaciones las que estaban en escena: los pequeños problemas de una vida feliz de familia numerosa, las dificultades o los éxitos en el trabajo, las enfermedades de los niños o las alegrías que nos proporcionaban, los proyectos e ilusiones personales, las exultaciones y los momentos de desánimo..., pero siempre lo mío.

No es de extrañar, entonces, que sus cartas abundaran en afirmaciones de que rezaba a menudo nominalmente –“*pluries in die*”, decía en ocasiones, “cuatro o cinco veces cada día, *nominatim*”, en otras– por cada uno de nosotros y, también de forma explícita, por lo que le había comentado que nos preocupaba. “Dios acaba de crear un nuevo interlocutor, alguien con quien quiere establecer una unión de amistad eterna. Vuestra misión es ayudar a que ese designio de Dios se cumpla”; “lo añado a la «lista» de las personas por las que rezo a diario, varias veces”, escribía como respuesta a la noticia de que esperábamos un nuevo hijo. Y, una vez que había nacido: “Ya os lo vengo encomendando, para que crezca bien en todos los sentidos, y sobre todo en el alma. Cuando lo miréis, pensad con alegría que ya es templo del Espíritu Santo, que misteriosamente actúa ya en él”.

...che nella mente... Nada de esto era extraño a su metafísica. Carlos Cardona *nunca* filósofo por una especie de interés erudito o académico, de carácter histórico o especializado, sino por la *necesidad*, que sentía improrrogable, de responder a las instancias más vivas del hombre y de la sociedad en la situación contemporánea.

Ya durante el trato con él en los años 70 me impresionó hondamente su extraordinaria *unidad de vida*: la envidiable capacidad de ligar *sin confusión* las verdades reveladas, la espiritualidad que él se empeñaba en encarnar en el quehacer cotidiano, y los principios metafísicos en apariencia más abstrusos.

Años más tarde, al poco tiempo de obtener la Cátedra de Metafísica, le escribía sobre la conveniencia de encontrar, para mi actividad literaria, una línea alternativa, que sirviera de complemento a la estrictamente metafísica. He aquí su respuesta, en la que la imprescindible corrección ante mi error de planteamiento, se ve acompañada del más delicado tacto en las expresiones: “...me planteas tu problema de dirigirte hacia un campo alternativo al de la «metafísica pura», para afrontar cuestiones más directamente relativas a la vida cotidiana y a Dios. Comprendo que eso se te presente como una «alternativa» en cuanto a aquel «ambiente» [el «intelectual», el académico], que viene seccionando así la vida y su comprensión intelectual. Pero supongo que no será así en tu mismo pensamiento. Ya sabes cómo vengo sosteniendo

[...] el carácter sapiencial de la metafísica: que, por tanto, abarca desde el conocimiento de Dios hasta la ética, como temas específicamente metafísicos. [...] Ni es posible decir algo realmente metafísico sin la consideración de Dios y de lo concreto (también en la vertiente activa), ni lo es decir algo realmente sustantivo de nuestras relaciones con Dios y de nuestra vida cotidiana sin un sólido fundamento metafísico [...]. Sin confundir, hay que unir. Hay que recuperar la unidad a todos los niveles”.

Desde el punto de vista teórico, era la reconocida radicación de *verum* y *bonum* en el mismo y único *actus essendi* de cada compuesto, así como la poderosa ensambladura (también *en el ser*) de cada persona humana –principio cardinal de unificación de sus operaciones–, lo que lo conducía a esa férrea y fecundísima *unidad de vida* a la que acabo de referirme: verdad, libertad, amor, en beneficio de todos...

Me decía hace ya bastante tiempo: “ahora acaricio la idea de escribir un trabajo sobre «ser y amor», para dar un tratamiento metafísico al amor, y un tratamiento amoroso al conocimiento metafísico”. Y, poco antes: “me hace enorme ilusión que esas «ultimidades» metafísicas lleguen a la gente corriente. Y en estos años me vengo ejercitando bastante en esa tarea que yo llamaría de destilación y descomplicación formal, más que de divulgación. La metafísica es cosa de todos. En parte, les va la vida eterna”.

A lo que podría añadirse lo que comentaba, en octubre del 87, cuando empezaba a dar forma mental a su *Olvido y memoria del ser*, al que después volveré a referirme: “Este verano he ido acometiendo la lectura crítica –sacando fichas y anotaciones– de las obras de Heidegger. [...] Como nada me apremia, y el tema es complejo y de bastante trascendencia, voy poco a poco, «que el hacer las cosas bien importa más que el hacerlas». En la línea ya marcada por Fabro, pienso que se puede ir aún algo más al fondo, y además –eso Fabro ya no lo ha acometido– *verlo en su aspecto vital y práctico*. El ser como tiempo es hoy, para muchísima gente, todo un modo de vivir, un criterio y la substancia de una «cultura» radicalmente inmanetizada en la finitud. Rezad para que el Señor me dé luces, si es que realmente he de ser de utilidad para las almas: ya sabes que, en definitiva, es lo único que me importa”. Y, abundando en esta misma idea: quiero estar seguro –venía a decir– de que “todo eso que voy pensando tiene algo que ver con la verdad y con el Amor, que es lo único que realmente me interesa”.

Dentro ya de esta perspectiva unitaria y unificadora, no puede asombrar el esfuerzo constante, desplegado a todos los niveles, para hacer ver la necesidad de un ejercicio de la razón realizado bajo la guía

de la fe (lo que en otros lugares llamaría, con Gilson, «filosofía cristiana»). Ni extraña, por ello, que las consideraciones sobrenaturales más jugosas pilotaran el desenvolvimiento de su quehacer especulativo en el ámbito estrictamente natural, filosófico. Más de una vez me habló, en la línea de lo que antes comentaba, de “recuperar la normalidad del conocimiento del ser, y sacar la metafísica de los archivos y de los disfraces eruditos de los profesores –con que justifican emolumentos y distinciones– y que asustan o desalientan a los sencillos de corazón, a quienes Dios se revela, también en el orden de la inteligencia natural”.

Y todo ello –lo digo como conclusión de estos recuerdos– realizado con la más sincera rectitud de intención, al servicio de Dios y de las almas. Lo muestran estas palabras, que entresaco de entre bastantes similares: “estoy persuadido –aseguraba pocos meses antes de morir– de que lo que haya de útil en lo que decimos viene de Dios, y lo difícil es poder decir eso que es de Él, sin hacerle decir las enormidades que sólo vienen de nosotros”.

* * *

...*mi ragiona*. Las alusiones hasta ahora referidas resultan en este caso imprescindibles para apreciar la tarea estrictamente filosófica de quien se empeñó en hacer comprender, con la palabra y con la vida, que las acciones –también las cognoscitivas– pertenecen propiamente al sujeto, a la persona, y no a las facultades consideradas aisladamente. Justo a causa de su inserción en el contexto vital y amoroso que someramente he esbozado, la labor intelectual de Carlos Cardona se vio adornada por un *sentido de lo real* capaz de transformar su «pensamiento» –lejos de los simples juegos de conceptos o de la «gimnasia mental», tan propios de algunos círculos intelectuales contemporáneos– en *conocimiento* estricto del mundo, del hombre y de Dios, y de todos los problemas *concretos* que su relación implica, precisamente en cuanto que todas esas realidades *son*, ejercen el *acto de ser*.

Porque la reflexión de Carlos Cardona fue de principio a fin, en el más substancioso sentido de la palabra, una meditación estrictamente *metafísica*. De ahí su predilección, y su «amistosa» familiaridad, con la doctrina de Tomás de Aquino, en cuyo estudio se fue progresivamente concentrando después de distintas incursiones en todos los sectores de la filosofía, y en diversas corrientes de pensamiento, clásicas, modernas y contemporáneas. Tras más de veinte años de lectura atenta y sistemática de toda la producción del filósofo de Aquino –desde sus grandes tratados a las obritas más breves y circunstanciales–, Cardona llegó a la madura convicción de que los principios en ella contenidos

(participación y *actus essendi*, sobre todo) constituirían un punto de arranque *ineludible* para la reconstrucción de la metafísica del ser y, con ella, para devolver vigor y pujanza a una civilización a la que varias centurias vividas en el «olvido» de ese mismo ser había acabado por sumir en la desorientación autorreferencial más profunda.

Y a esa tarea de rehabilitación dedicó lo más granado de su esfuerzo intelectual. El resultado es una obra homogénea, no excesivamente dilatada, pero centrada en todo momento en lo fundamental: con una densidad y penetración que resulta difícil exagerar (aun cuando hayan pasado inadvertidas a buena parte de sus lectores, incluso a aquellos de los que podría esperarse un mayor discernimiento).

La relativa carencia de extensión de sus escritos tiene una primera causa, que constituye para mí un motivo más de admiración y estima: desde mediados los años 50, incluso antes de su marcha a Roma y de su ordenación sacerdotal, el tiempo disponible para los quehaceres filosóficos –lectura, estudio, meditación, escritura– no pasó, en el mejor de los casos, de una hora diaria. A veces, durante largas temporadas, menos. Que esa exigua dedicación haya dado como fruto cinco títulos de libros filosóficos, más el de otra obra que ronda las mil páginas y que será publicada póstuma, constituye un punzante motivo de reflexión para los «profesionales» del pensamiento, que disponemos de todos los medios y que tantas veces –¿ausencia de buen amor?– no sabemos plasmar en frutos ese “uso de la inteligencia *en favor del hombre*”, con el que Platón definió la filosofía, y que tanto gustaba recordar a don Carlos.

Pero existe un motivo más radical por el que la obra de Carlos Cardona no puede calificarse como exuberante. Y es, precisamente, su hondura. Como respuesta a mi queja de que carecía de tiempo para ampliar mis conocimientos filosóficos, y que no hacía sino utilizar lo ya aprendido, me respondía de manera autobiográfica: “Me parece normal que, durante años, uno «viva de rentas», cuando se ha adquirido un buen capital. A mí me viene sucediendo. Con los puntos centrales de la *Metafísica del bien y del mal* se me iluminan muchos temas (la medicina, la mujer, la educación, etc.). Quizá ningún filósofo haya tenido más de dos o tres ideas de ese género. Lo que ha seguido depende de lo centrales y esenciales (y verdaderas) que esas ideas sean. Por mi parte, estoy apuntando ya a mi «tercera idea» (la memoria del ser). Ya me falta poco para llegar a los 60 años, y probablemente sea lo último que pueda decir. Ahora, cuando lo veo con cierta perspectiva de tercera edad, me parece que ha sido todo bastante homogéneo, a partir de una primera verdad, que realmente lo era. No te apures con el ansia de rastrear otros territorios. Penetra más en lo adquirido, y luego

mira desde esa cumbre, sin necesidad de desplazarte haciendo excursiones”. Y concluía: “El frenesí de la prisa y de lo extensivo es consecuencia de la pérdida del ser y su sustitución por la cantidad, como *primum transcendente*. Eso Heidegger lo vio con bastante claridad”.

¿Cuáles eran esas dos ideas iniciales de las que el párrafo recién citado hace mención implícita? Me parece que la primera podría calificarse como el «momento» moral del conocimiento metafísico, de la determinación de la verdad del ser; y la segunda como el «momento» intelectual de la configuración de la ética, el del esclarecimiento cognoscitivo del bien. Al desarrollo de la citada en primer término dedicó dos de sus obras mayores: la *Metafísica de la opción intelectual* y el comentario crítico al cartesiano *Discurso del método*. El despliegue de la segunda, posterior también en el tiempo, constituye otra de sus producciones de más envergadura: su *Metafísica del bien y del mal*.

La *Metafísica de la opción intelectual* resulta bien conocida, y no quiero detenerme en ella. Contra las absurdas pretensiones de un racionalismo presuntamente aséptico –y sin confundir lo que corresponde a cada una de nuestras facultades superiores–, Cardona aborda en sus páginas el estudio del estatuto teórico de la libertad humana en la adquisición de la verdad. Y, en diálogo profundo y fructífero con los principales representantes de la filosofía moderna y contemporánea, manifiesta rotunda y egregiamente la necesidad, para el recto ejercicio de la labor del entendimiento, de un buen amor: una atracción hacia lo verdadero, que se identifica con el ente en cuanto *bueno*; es decir, con lo que tiene el ser derivado de un supremo Acto de amorosa Libertad creadora y que por todo ello reclama la respuesta asimismo amorosa, también en el plano intelectual, de la criatura.

La *Metafísica del bien y del mal*, por su parte, intenta arrojar algo de luz sobre la naturaleza de estos dos «contrarios» –lo bueno y lo malo–, con el propósito de dar respuesta a algunas de las instancias del mundo contemporáneo, en el que el mal adopta tantas veces formas agresivas y dolorosas. He aquí los pasos sucesivos de ese esclarecimiento, tal como el propio don Carlos me los resumiera en una carta: “Enraizar la acción (que es lo que la ética trata de normar) en el ser, y viéndola como propia del ser como acto. Descubrir –para aquella normatización– la «referencia radical del ser a Dios», precisamente como ser (relación predicamental consiguiente al acto de ser participado). Ver a la persona, sujeto de aquella acción y de esa relación, como constituida precisamente por ese acto de ser. Descubrir entonces la libertad como dominio de los propios actos (consiguiente a la «propiedad» del «propio» acto de ser). Ver el «sentido» o finalidad de esa libertad en el amor. Descubrir en ese amor la raíz y fin y forma de

toda la norma ética y de cualquier norma en general (en cuanto norma, deviene ética). Iluminar entonces el mal como privación de esa ordenación –en sí y en la intención–, y como privación querida (culpable). Ver entonces, retrospectivamente, en la pérdida del ser como acto (y así de acceso inteligente a Dios) el origen de la crisis de la ética y del amor y de la misma libertad. Sugerir la recuperación de esa metafísica ética (y a la vez ética metafísica). Mostrar esa recuperación en los cuatro ejes de la vida moral”.

La «tercera idea» surgió ya mientras redactaba su *Metafísica del bien y del mal* y el libro en el que, en cierta medida, destila las cumbres filosóficas en él alcanzadas y las aplica directamente a la educación: la *Ética del quehacer educativo*. Recuerdo la amable conversación mantenida en Barcelona, cuando todavía no había visto la luz la *Metafísica del bien y del mal*, en la que por vez primera me comentó que acariciaba el proyecto de publicar otro trabajo, de más envergadura que los anteriores, donde de algún modo se resumiera cuanto su dedicación al estudio, y el conjunto de su vida de atención a las almas, le habían hecho comprender sobre la realidad en cuanto tal –el hombre, antes que nada– y, de manera más concreta, sobre la marcha del mundo moderno. Y lo recuerdo porque, ya en aquella ocasión, cuando todavía no había empezado a gestarlo, me habló de la oportunidad de que ese escrito se editara póstumo: “porque tengo la impresión –venía a decirme– de que es ya lo último de cierta envergadura que yo puedo decir, porque algunas de las cosas que allí expondré resultarán quizá demasiado fuertes, y porque soy enemigo de toda polémica, que, al cabo, suele demostrarse inútil”.

Las cartas posteriores seguían dando noticias de ese «último» libro, al que siempre continuaría deseando póstumo. *Metafísica de lo cotidiano*, comenzó por llamarlo; *Metafísica del acontecer*, lo denominaba más tarde; y, ya desde mayo del 88, *Olvido y memoria del ser*. En octubre del 92 me comentaba: “Sigo trabajando, a ratos sueltos, en mi *Olvido y memoria del ser*. Tengo ya un primer borrador de la primera parte (el olvido), de unas 400 páginas. Preveo que el libro tendrá al final unas 1000. No tengo ninguna prisa. Me gustaría que fuese el resultado maduro de todo lo que mi vida filosófica (y no sólo filosófica) ha dado de sí, y que tenga alguna utilidad en relación con la recristianización de este viejo mundo (y con la recuperación de la metafísica sapiencial, con todo cuanto esto comporta)”. Y ya en febrero del 93, pocos meses antes de su marcha al Cielo, con palabras bastante parecidas: “Sigo con mi *Olvido y memoria del ser*, aunque ahora está prácticamente intocado desde el pasado noviembre [...]. De momento doy por acabado el borrador de la Primera Parte (el Olvido), y me dispongo,

cuando pueda y como pueda, a acometer el borrador de la Segunda (la Memoria: más fácil en cuanto al contenido intelectual, pero más difícil de hacer ameno). Dios dirá. No me inquieta. Lo tengo planteado como «libro póstumo». Si son rosas, florecerán”.

* * *

La primera noticia de su enfermedad coincide con las últimas letras que me puso por escrito. El tono general sigue siendo el de siempre, pero quizá más «enamorado»: “Os agradezco muchísimo (y en particular a ti, tu preferencia) vuestras oraciones. Antes me parecía que no debía pedir las nunca, y no porque no lo necesitase, sino porque había otras cosas por las que rezar. Últimamente me voy atreviendo a pedir las a algunos. Realmente lo necesito, sobre todo si es que tengo que hacer algún bien a los demás, con mi labor ordinaria y con lo que pueda aún ir escribiendo. Ahora ando un poco disminuido: un par de pinzamientos en la columna, zona lumbar. De momento, sólo un poco de dolor. Espero que pase. Y entretanto tiene también eso su destinación y su utilidad”.

Después vinieron sólo las comunicaciones telefónicas, entrecortadas, y los repetidos testimonios de la ejemplaridad con que llevó una dolencia cada vez más dolorosa y, en ocasiones, humillante. Grandiosa culminación de una vida gastada toda ella en servicio de la Verdad y, como él mismo dejara escrito en uno de sus poemas, “a la luz del amor estando atento”. Que ese Amor ilumine, a su través, a quienes seguimos ¡tan de lejos! su ejemplo tan cercano.

Tomás Melendo
Catedrático de Metafísica
Universidad de Málaga
Avda. Estación s.n.
29017 Málaga España